



ROSARIO TEY

ELEMENTAL, QUERIDA GABI



*Elemental,
querida Gabi*

Rosario Tey

Esencia/Planeta

© Rosario Tey, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño e ilustración de la cubierta: Sophie Güet a partir de la tipografía de
© Gleb_guralnyk / Freepik y las imágenes de © Macrovector / Freepik
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-08-24247-5
Depósito legal: B. 6.346-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Mi madre es hater

La inspectora Miller no tiene escapatoria. Sabe que quizá no salga de ese reducido habitáculo nunca más. Sus ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad. Aun así, ha decidido mantenerlos cerrados. De ese modo es capaz de controlar su respiración y, mejor aún, sus pensamientos. Es fundamental que no pierda la calma. Permanece sentada en el suelo con las manos atadas a la espalda por una brida que le ha provocado cortes en las muñecas debido a su desesperado intento de deshacerse de ella. El escozor se extiende hasta sus codos y también le duelen muchísimo los hombros, pero en esos instantes lo que más la perturba es la sed. Su cuerpo está empapado en sudor y orina. No ha podido controlar la vejiga un segundo más. Sus olores corporales inundan el estrecho espacio; sin embargo, lo que le produce arcadas es el hedor a muerte que desprenden esas cuatro paredes.

Ni siquiera sabe si le queda oxígeno suficiente, e intenta racionarlo como puede. Es consciente de que tal vez no salga de ahí, no obstante, y a pesar de todo, está preparada. Su agudizado instinto la alerta de que de un momento a otro su captor volverá. Y entonces, solo entonces, tendrá una oportunidad para acabar con él.

Unos jadeos lejanos me obligaron a apartar los ojos de la pantalla del ordenador. La señora Astor, nuestra vecina del piso de arriba, una ancianita de origen alemán, solía quedarse dormida viendo películas pornográficas. No era ningún secreto para los inquilinos de la escalera. Según su autodiagnóstico, el cine porno estimulaba la producción de endorfinas en su cerebro y al mismo tiempo aliviaba sus dolores en las articulaciones. El problema

radicaba en su sordera de un oído, lo que provocaba que el volumen de su televisión superase los decibelios permitidos por la ley. Y, para colmo, la mayoría de las veces, las películas eran alemanas. Por fortuna, los guionistas no se extendían demasiado con los diálogos.

En fin, leí aquellos dos párrafos por última vez esa noche y suspiré. Ya los puliría mañana. El reloj marcaba la una y media de la madrugada y sabía que debía dejar el capítulo para el día siguiente e intentar dormirme si los sonidos que escapaban de casa de la señora Astor lo permitían.

Todavía no había encontrado la manera de sacar a la inspectora Miller de ese agujero. Esa era la tercera novela que escribía con ella como protagonista. Mi intención nunca había sido escribir una trilogía; sin embargo, Miller era un personaje muy potente que se había instalado en mi cerebro desde hacía varios años y del cual no podía desprenderme.

Guardé los cambios y decidí cerrar el documento. Solté el ordenador portátil en el suelo, casi debajo de la cama. Luego alcancé mi móvil, que descansaba en la mesilla de noche, con la intención de poner la alarma. Era bastante tarde y, a pesar de que mi lado racional me gritaba que no ojeara las redes sociales, lo hice.

Cuando pinché el icono de Instagram, lo primero que me apareció en la pantalla fue una fotografía que me resultó familiar. Mi madre había vuelto a publicar otro de sus platos acompañado de un presuntuoso texto con varias faltas de ortografía imperdonables. Puse los ojos en blanco y decidí echar un vistazo a su actividad. La revelación, por desgracia, no me sorprendió.

—María, María... —cuchicheé tratando de despertar a mi hermana.

—¿Qué quieres? —respondió ella al darse cuenta de que no me rendiría.

—Ha vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Continúa acosando a los famosos.

—¿Qué? ¿Quién? —murmuró removiéndose entre las sábanas.

—Mamá. Tenemos que quitarle el móvil.

—Sí, hombre. Pero ¿a ti qué más te da? ¿Quieres dejarla en paz? Ella se entretiene de esa manera. No le hace daño a nadie.

—¿Que no le hace daño a nadie? —reproché incorporándome un poco más—. ¿Te parece normal este comentario a la hija de Isabel Pantoja? «Isabelita, eres una desagradecida. Tu madre hizo contigo una labor humanitaria.» Labor con «v» —recalqué—. «Deberías estar besando el suelo por donde pisa. De no ser por ella, ahora mismo estarías vendiendo tamales en un pueblo de Perú. Además, hija mía, eres más fea que mi nevera de espaldas.»

—¿En serio ha escrito eso? —inquirió mi hermana aún con los ojos cerrados, descojonándose.

—Muy en serio.

—Déjame ver —rio alargando el brazo, más espabilada.

Aumentó la publicación en la pantalla para cerciorarse.

Por entonces me había sentado al borde la cama.

A pesar de que mi hermana se lo estaba tomando con un humor, a mi parecer, desproporcionado, sabía que el asunto era más grave de lo que pensábamos.

Mi madre hacía dos años que tenía móvil. Al principio no sabía ni introducir su pin sin equivocarse y ahora se descargaba aplicaciones que ni siquiera yo sabía para qué demonios servían.

—¿Por qué te preocupa tanto que les escriba a los famosos? Probablemente no la leerán.

—María, esto no está bien. He tratado de explicárselo muchas veces. Estas personas son famosas, pero tienen familias. A ella no le gustaría que a ninguna de nosotras nos dijeran estas cosas por Instagram.

—El bañador es de Asos.

—¿Qué?

—El bañador, que me encanta.

Le arrebaté el móvil de las manos.

—¿De verdad crees que te he despertado para hablar de bañadores? ¡Te estoy diciendo que nuestra madre acosa a los famosos! Maldita sea, María. Mamá es *hater*.

—Pero ¿por qué lo exageras todo? A Chabelita o a Isa P, o como se llame, le importa un pimiento lo que mamá le diga. A ella solo

le interesa que la gente le comente sus fotos y multiplicar sus *followers*.

—Muy bien, y ¿qué me dices de este otro comentario? «Chicote, te crees muy buen cocinero porque sales en la tele, pero el día que pruebes mis lentejas te darás cuenta de que a mi lado eres un puto aficionado. Payaso.»

—Bueno, eso es cierto —declaró ella tras otra carcajada—. Sabes de sobra que sus lentejas son las mejores del mundo.

—Hablo en serio. Todos los comentarios son insultantes y despectivos. No tiene una palabra bonita para nadie. Y a mí no me hace caso. Parece que a la única que escucha es a ti. Tienes que sentarte con ella y decirle que esto no está bien.

—Vaaaaaaaleeeee. ¿Ahora vas a dejarme dormir? Mañana tengo clases.

—Sí, pero prométeme que hablarás con ella mañana mismo.

—Lo promeeeeetooo.

—Bien.

Apagué la lámpara de la mesilla y continué ojeando el teléfono. Mi hermana se incorporó y encendió de nuevo la luz.

—Hablaré con mamá con una condición.

—¿Cuál?

—Que tú dejes de cotillear el perfil de Cecilia Rock.

Mi cuerpo se tensó en cuanto María pronunció en alto el nombre de la interpelada.

¿Quién demonios era Cecilia Rock?

Quizá la inductora de mi situación en esos momentos. La causante de que hubiese tenido que dejar mi apartamento madrileño, volver a casa de mi madre con treinta y dos años y convivir con un montón de vecinos raros. Aunque, pensándolo bien, el único culpable era Josema, el miserable de mi exnovio. Cecilia solo constituía un daño colateral.

Supongo que es el momento de contar que Josema Rugama me dejó con una canción. Y resultó curioso, más bien humillante, porque le presté todos mis ahorros, que no eran demasiados pero eran míos, para grabar su bodrio de maqueta. La misma en la que más adelante incluyó una canción con la que me mandaba a paseo.

—Siéntate un momento, Gabi. Me gustaría decirte algo —me dijo un domingo, meses atrás, sujetando su guitarra.

¡Cuánto me arrepentí de no habérsela partido en la cabeza antes de que empezara a acariciar las cuerdas!

—¿Ocurre algo?

Él asintió despacio.

—Ya sabes que mi lenguaje es la música, por eso quiero que escuches esta canción. No sé si seré capaz de decírtelo de otro modo.

Sonreí como una imbécil pensando que tal vez era su proceder para pedirme matrimonio. Un par de días antes habíamos estado en casa de unos amigos y habíamos presenciado una declaración muy romántica y emotiva.

Josema carraspeó un poco antes del primer acorde y luego empezó a cantar.

La letra hablaba de sueños por cumplir, de noches en vela y de palabras no dichas. Hablaba de un futuro incierto y de sábanas vacías. Claro que él solía repetir muchas palabras en todas sus canciones. Y por ese motivo no entendí demasiado bien lo que pretendía decirme. No hasta que llegó al estribillo y empezó a cantarlo en bucle:

*Te dejo porque me temo que contigo me estoy haciendo viejo.
Te dejo, corazón, esta es mi manera de salir de esta prisión.
Sé que el tiempo curará tus heridas, a pesar de lo mucho que te
dolerá mi partida.
Sé que el tiempo me compensará por la huida, pues nuestra
relación ya estaba podrida.
Te dejo, corazón, seguir con lo nuestro sería una batalla
suicida...*

La última frase la repitió como tres o cuatro veces. Enmudecí durante unos largos y tensos minutos, hasta que al fin decidí ponerme en pie e irme a la calle.

Aquella mañana ni siquiera el terrible frío de Madrid evitó que me sudaran las axilas. Porque solo sudo cuando estoy estresada. Puedo correr tres horas y no sudar más que unas gotas, pero en

cambio una situación estresante puede hacer que mis glándulas sudoríparas se irriten hasta unos límites incalculables.

Caminé por el centro de Malasaña, mucho rato. Analizando qué era aquello que había hecho tan mal para verme adentrada en la treintena viviendo en un piso cutre en Madrid, trabajando en un Starbucks y soportando a un encargado friqui y apestoso por unos míseros euros.

Analicé mi vida desde que había conocido a Josema. Me había alejado de mi casa, de mi madre y mis hermanas, pensando que en la capital española haría realidad mi sueño de convertirme en una gran escritora. Había seguido los consejos de mi novio, de ese músico de pacotilla del que un día me había enamorado inexplicablemente:

—En Madrid puedes asistir a encuentros con otros autores. Puedes introducirte en el mundillo editorial, hacer contactos... De ese modo conseguirás que alguien lea tus novelas.

Sin embargo, lo único que había logrado en esa ciudad hasta entonces eran un montón de emails rechazando mis escritos. Y a los contados encuentros a los que había asistido me había llevado Josema con sus amigos músicos, escritores de poemas y algún que otro librero en quiebra, en los que se hablaba de todo menos de literatura de verdad. En aquellas reuniones, yo solo veía a un puñado de fracasados intercambiando agoreros pensamientos políticos y criticando el trabajo de autores que merecían admiración por sus trayectorias. Obviamente, mis intervenciones no causaban buenas impresiones. A veces me daba la sensación de que no encajaba en ese ambiente a pesar de lo mucho que me gustaba la escritura.

—Quizá lo tuyo no sea esto, Gabi —me dijo una noche Josema tras leerle un email de una editorial en la que volvían a rechazar otra de mis propuestas. Se refería por supuesto al hecho de escribir, aunque en ese instante la frase tuvo otro sentido para mí.

Y era curioso que justo él dijera eso, cuando jamás había leído nada de lo que yo escribía salvo la lista de la compra. Unas compras que hacía con mi dinero, todo hay que decirlo.

Según él, no lo apasionaba la novela negra. Prefería los poemarios y leer letras de otros cantautores.

—¿Por qué no te planteas estudiar alguna oposición? —me decía a menudo cuando me oía quejarme de mi encargo, al que con énfasis le deseaba unas vacaciones eternas.

Durante ese largo paseo recapacité acerca de las últimas palabras que me había dicho mi hermana mayor. Desde nuestra última conversación, ella y yo apenas nos hablábamos.

—Tu novio no es un artista, Gabi. Va de músico bohemio haciéndote creer que un día no muy lejano triunfará con sus canciones de mierda, pero en realidad solo es un vago que se aprovecha de ti. Espero que en algún momento abras los ojos y te des cuenta.

Mientras paseaba por las callejuelas del barrio de Malasaña, solo podía pensar en Raquel, en lo mucho que echaba de menos oír su voz. En cuánto odiaba enfadarme con alguna de mis hermanas o con mi madre. Pero ahora comprendía que llevaban razón. Que no se equivocaban con respecto a Josema.

Aquel día hice algo que debería haber hecho mucho tiempo antes: volví al piso dos horas más tarde y recogí mi ropa para marcharme. Él no lo impidió.

Llené una maleta grande con casi todas las prendas de mi armario y guardé mi ordenador portátil entre ellas. Al fin y al cabo, era mi bien más preciado.

Mis libros, aquel montón de libros que cubría una pared de nuestro anodino salón y que yo consideraba más valioso que a muchas de las personas que había conocido en esa ciudad, tendrían que quedarse en esa casa de momento. Quería salir huyendo de allí, y desde luego no podía cargar con ellos.

Fue por lo único por lo que lloré en esos momentos.

No lloré por Josema, en realidad le agradecía su estúpida canción, cuya melodía me parecía absurda. No lloré por Malasaña, a pesar de que al principio la idea de vivir en un barrio alternativo avivó mis esperanzas de convertirme en una afamada escritora.

Mis lágrimas no las causaron las personas que había conocido en esos encuentros literarios en los que me sentía como un soldado sin armas en primera línea de batalla. No lloré por dejar sin avisar mi precario trabajo en Starbucks. No lloré por perder de vista para siempre a mi encargo con halitosis.

Solo lloré por aquel valioso montón de libros. Lloré por *Cumbres borrascosas*, por *Orgullo y prejuicio*, lloré por las obras de Shakespeare, Truman Capote, Agatha Christie y Virginia Woolf. Lloré por ejemplares anónimos y de autores desconocidos que eran auténticas joyas. Lloré por mi colección de novelas de segunda mano adquirida en librerías de viejo. Lloré por aquellas letras que yo debía abandonar y que aún no sabía si más adelante tendría el valor suficiente para volver a por ellas. Juro por Dios que se me partía el corazón sabiendo que debía dejarlas allí.

—Lo siento, Gabi —musitó él cuando ya arrastraba mi equipaje hacia el rellano.

—Me debes quince mil euros. ¿Cuándo piensas devolvérmelos?
—lo increpé mientras esperaba el ascensor.

—¿En serio estás pensando ahora en el dinero?

—Bueno, a decir verdad, es en lo único que pienso.

—Te devolveré hasta el último euro. No te preocupes.

—Sí, ya. Pero ¿cuándo?

—En cuanto pueda.

—Seguro que sí.

—Me haré grande, Gabi. En el fondo sé que nunca has creído en mí, pero me haré grande.

El tintineo del elevador me anunció que ya estaba disponible.

Abrí la puerta y la sujeté con el *trolley* para meter un par de mochilas en las que había guardado otras pertenencias. Él permanecía estático, con la guitarra a su espalda y las manos en los bolsillos de su desgastado pantalón de pana marrón. Sin hacer el más mínimo intento de ayudarme.

—Ya eres grande, Josema. —Obviamente, no me refería a la grandeza de ser artista—. Tienes cuarenta y un años. Y creo que has cotizado treinta minutos como mucho en tu mísera vida.

—¿Ves? Por eso tú y yo no podemos estar juntos, Gabi.

—Claro que no podemos. Yo vivo en el mundo real, Josema. En el que hay que pagar alquiler, comida y facturas, entre las que se encuentra el wifi que tú utilizas para poder subir tus tristes canciones a tu canal de YouTube con quince suscriptores —dije todo

aquello empujando con el pie una de las asas que se había quedado enganchada en la ranura del minúsculo y arcaico montacargas.

—¿Sabes? No todo es el dinero en esta vida.

—Qué frase tan curiosa.

Me pregunté cómo demonios iba a continuar pagando el piso y de qué viviría el muy lerdo una vez que yo me fuera. Pero supuse que ya tendría un plan B, porque entonces no me habría dejado.

—Estás dolida. Y lo entiendo. Pero no voy a recurrir al insulto para defenderme. Solo te diré que al menos yo tengo el valor de dedicarme a lo que me apasiona.

Me reí. Sí, a carcajadas.

En ese instante pude parecer una auténtica chiflada. Y me reí porque lo que de verdad quería hacer era pegarle. Muy fuerte. Yo, que jamás le había pegado a nadie. Raquel le habría partido los dientes antes de acabar esa última frase, pero yo solo me reí.

Arrastré la maleta al interior del ascensor y descendí, sin saberlo, a un desconocido abismo.

Fui hasta la estación de Atocha a pie para coger el primer tren a Cádiz. Cinco horas más tarde, ya de noche, aparecí en casa de mi hermana. Rendida. Agotada. Insignificante. Fue el viaje más mustio que había hecho en mi vida.

Llevaba tres meses sin hablarme con Raquel. Tres meses desde nuestra última conversación.

Las piernas me temblaban cuando llamé al timbre. Oí voces en el interior. Me abrió mi cuñado sujetando a la pequeña Carmen en brazos.

La nostalgia me invadió. David mostraba un aspecto fabuloso, a pesar de sus canas de más. Conocía a ese hombre desde mi niñez. Raquel y él comenzaron su romance en el instituto. Cuando ella lo llevó a casa por primera vez siendo una adolescente, recuerdo que pensé que era el chico más guapo que había visto en mi vida. O tal vez el segundo más guapo.

—Gabi —exhaló.

—Hola, David.

Sus ojos fueron directos a las maletas.

Yo me mordí el labio superior conteniendo mis ganas de echarme a llorar.

Mi sobrina exhibió una preciosa sonrisa tras su chupete. Alcancé su manita.

—Pasa, anda —murmuró él tras plantarme un beso en la cabeza y entregarme a continuación a la pequeña para hacerse cargo de mi equipaje.

Avancé hacia el interior despacio.

La voz de Raquel se filtró a través del pasillo. Venía secándose el pelo con una toalla y ataviada con ropa cómoda. Le hablaba a mi otro sobrino, que se hallaba con seguridad jugando a la videoconsola.

—Mario, recoge tu habitación. No quiero volver a repetírtelo. ¿Quién era, David?

La pregunta quedó flotando en el aire cuando su mirada y la mía se encontraron a una distancia de tres metros.

—Gabi —susurró ella sorprendida.

Permanecimos en silencio unos segundos hasta que reuní el valor suficiente para decirle lo que pensaba.

—Tenías razón. Siempre la tienes. Lo siento. He sido una imbécil.

Las lágrimas brotaron de mis ojos a pesar de lo mucho que intentaba contenerlas.

Mi sobrina se quitó el chupete e intentó ponérmelo. Más tarde descubrí que eso era lo que hacía con otros niños en la guardería cuando trataba de calmarlos.

Raquel avanzó hasta mí y me abrazó.

—No eres imbécil. Solo la mejor persona que conozco en el mundo.

Y sé que lo dijo de verdad, pues, a diferencia de muchas personas, Raquel siempre decía la verdad.

Así fue como por fin me reconcilié con mi hermana mayor y decidí que mi vida consistía en estar cerca de mi familia. Aquella noche dormí en casa de Raquel, pero al día siguiente ella me acompañó a darle la noticia de mi vuelta a mamá.

—Tu sitio está aquí con nosotras, Gabi. ¿Qué se te ha perdido a

ti en Madrid? Además, tesoro, nunca te lo he dicho por respeto, pero Josema es muy feo y canta fatal. Todavía recuerdo aquel día que me pediste que te acompañara a verlo actuar en El Pelicano. Y yo con la esperanza de tener un yerno como Alejandro Sanz o Pablo López. Cuando llegué a casa tuve que tomarme dos paracetamoles de lo mucho que me dolía la cabeza. ¿Y sabes a quién se parece?

—Vale, mamá. No es necesario.

—No, en serio. Es clavadito a la hormiga Z, la de esa película que tanto le gustaba a Mario cuando era pequeño. ¿Te acuerdas, Raquel? La de la hormiga obrera. Aunque ya me gustaría a mí ver a ese trabajando en una obra. Maldito desgraciado.

* * *

—Gabi —susurró mi hermanita pequeña trayéndome de nuevo al presente—. Tienes que dejar de pensar en ello.

Y se refería al hecho de que Josema no me dejó porque lo nuestro estuviese acabado, que lo estaba. Me dejó por otra chica. Y nada más y nada menos que Cecilia Rock, una bloguera de moda con más de trescientos mil seguidores en Instagram. Pero eso lo descubrí al mes de estar en Cádiz, cuando la joven Cecilia, en su intentona de ser cantante además de *instagrammer*, cantó en un vídeo en directo la canción con la que Josema rompía conmigo y este se hizo viral. Ella había variado la melodía, aunque la letra continuaba intacta.

Aún recuerdo la acidez en mi estómago y la sensación de impotencia que me invadió cuando de pura casualidad vi por primera vez el vídeo en mi teléfono mientras curioseaba las redes sociales. Pensé que se trataba de una broma pesada. El caso era que yo ya había oído hablar de esa chica antes en reuniones con los amigos de Josema. De hecho, ella solía asistir a un pequeño teatro de Malasaña donde Josema había actuado en alguna ocasión.

Tras el descubrimiento, indagué en el perfil de Cecilia y, debajo de un millar de filtros, revelé que Josema y ella se conocían desde hacía varios meses antes de romper conmigo. En las fotos en que

aparecían juntos él siempre se situaba tras ella con su guitarra y ella lo etiquetaba con el *hashtag* #Miángel.

Tan solo dos días después de marcharme de Madrid, él colgó una foto en su perfil con ella bajo el título: «Al fin te encontré».

Aunque yo la descubrí bastante más tarde.

Me repetí mentalmente las palabras que acababa de decir mi hermana pequeña: «Tienes que dejar de pensar en ello».

Y aunque en el fondo sabía que llevaba razón, en esos momentos vivía tratando de canalizar la rabia que sentía. Porque, claro, Cecilia y él parecían muy felices y guapos en sus retocadas fotos, a pesar de que ninguno de los dos poseía un rostro bonito.

La canción continuó compartiéndose en Facebook e Instagram, deduje que, más que por la letra, por la popularidad de Cecilia. Mientras tanto, yo me hallaba a punto de cumplir treinta y tres años. No tenía trabajo, ni siquiera paro porque abandoné de manera voluntaria mi último empleo en Starbucks. Tampoco contaba con ahorros porque se los había prestado a mi exnovio para que grabara su mierda de maqueta y se tocara los huevos mientras a mí me explotaban haciendo café.

Pero lo que más me dolía de todo era el hecho de que ellos vivían juntos en Malasaña. En el que era mi apartamento, cuya fianza también había perdido, para más inri. Vivían juntitos y Cecilia lo estaba decorando y publicaba cada cambio en sus historias de Instagram. Y, claro, como no podía ser de otro modo, mis libros continuaban allí, a pesar de que le había pedido a Josema que me los mandara por correo aun pagándole el porte. Sin embargo, no me los envió. Parecía ser que a Cecilia le encantaban a la perfección con la decoración *boho chic*, con un montón de plantas artificiales y cientos de cuadros con la cara de ella.

Y sin ahorros. Escribir, al menos, me mantenía cuerda. Solía despertarme muy temprano y continuaba dándole forma al proyecto que tenía entre manos: el tercer y último volumen de una novela negra de atmósfera asfixiante en la que la violencia, el odio y la injusticia eran el móvil de los crímenes. A veces me daba la sensación de que me pasaba con la crueldad de según qué persona-

je, pero, aunque no quería admitirlo, encontraba consuelo en ello. Escapaba a los sentimientos que me embargaban.

Además, daba clases de literatura a mi sobrino Mario y a dos de sus amigos quinceañeros. Una experiencia catastrófica, pero ese era otro asunto. Debía buscarme otro empleo aparte de las clases, y de hecho me hallaba en la búsqueda. Sin embargo, nada de lo que me ocurría últimamente resultaba fácil.

«Tienes que dejar de pensar en ello.»

La señora Astor continuaba con su lujuriosa fiesta a las dos de la madrugada. Acababa de prometerle a mi hermana que no volvería a cotillear el perfil de Cecilia Rock, pero aún sostenía el teléfono. Antes de apagar el móvil e incorporar a mi lista de problemas que mi madre era *hater*, entré en Facebook y me di cuenta de que acababan de añadirme a un grupo de antiguos alumnos del instituto. Raquel y David también formaban parte de ese grupo, aunque ellos me sacaban tres años. Leí por encima los mensajes. Había mucha gente de diferentes cursos, todos con la finalidad de hacer un encuentro en el patio del colegio con motivo de su centenario. Por supuesto, no pensaba ir.

La idea de encontrarme con mis antiguos compañeros de clase me parecía deprimente. Sobre todo teniendo en cuenta que la gran mayoría estarían casados, tendrían profesiones de verdad y, con seguridad, hasta hijos.

Asistir a ese encuentro agravaría mi condición de fracasada.

De ninguna manera iría.

Bloqueé el teléfono y me di la vuelta abrazando la almohada.

Mi vida era una mierda.

Y quería que cambiase.